

EL MERCURIO

DOMINGO

9 DE
FEBRERO
DE 2020
Nº 2.773

**DEL MAR AL
ALTIPLANO:**
Datos nuevos
e imperdibles
en la Región
de Arica

**EL CORAZÓN
DE KAMCHATKA**
La salvaje
península
rusa

EN LA NUEVA YORK DE EL IRLANDÉS

*Un viaje por los lugares que sirvieron a Martin
Scorsese para filmar su última película*

FRANCISCO JAVIER OLEA

ESTE EJEMPLAR ES GRATUITO Y CIRCULA SOLO PARA LOS SUSCRIPTORES DE EL MERCURIO. PROHIBIDA SU VENTA.

LA NUEVA YORK DE *El Irlandés*

Permanecen ajenos al paso del tiempo, como en un permanente viaje al pasado. En Little Italy, en Brooklyn, en Staten Island, en East Harlem y en el Bronx, los lugares que Martin Scorsese eligió para filmar *El Irlandés* en Nueva York se mantienen intactos. Este es un recorrido para revivir la época y la película. POR Muriel Alarcón, DESDE ESTADOS UNIDOS.

A Joseph Gallo, conocido como el *Loco Joe* en la mafia italo-estadounidense, le dispararon en el codo izquierdo, la nalga izquierda y en la espalda. Este último tiro lo mató. Era la madrugada del 7 de abril de 1972 y Gallo terminaba un día de celebraciones por su cumpleaños 43 junto a su nueva novia y a su guardaespaldas. Se había sentado en una de las mesas de Umberto's Clam House, una marisquería italiana abierta semanas antes, en la esquina de las calles Mulberry y Hester, en Little Italy. Frank Sheeran, conocido como *El irlandés* en el submundo criminal italo-estadounidense, de ascendencia irlandesa, sin sangre italiana, veterano de la Segunda Guerra Mundial, convertido en sicario, 1.93 de estatura, pelo negro, abrigo, revólver calibre 38 en la mano, entró al local y comenzó a disparar. Luego, tomó un auto que lo esperaba y se perdió en la oscuridad de Lower Manhattan.

Esa es la versión de los hechos reales que recrea *El Irlandés*, la más reciente película de Martín Scorsese, nominada a diez premios Oscar y protagonizada por Robert De Niro en el rol de *Sheeran* y con Joe Pesci como *Russell Bufalino*, uno de los jefes de la mafia.

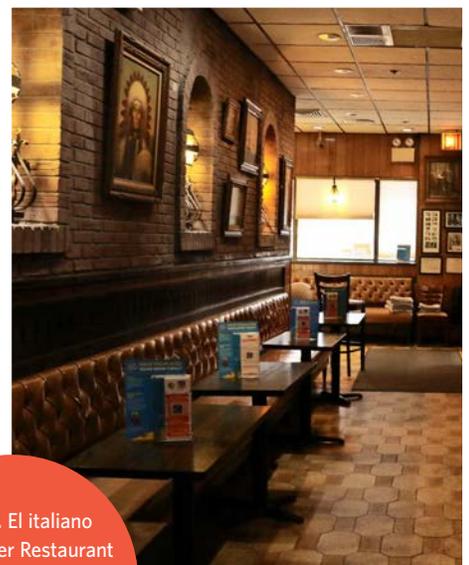


MURIEL ALARCÓN

El Irlandés, la película, recorre los caminos del crimen organizado en la hoy tan sofisticada Nueva York y viaja por medio siglo de historia estadounidense, en una época marcada por la muerte de Gallo, la desaparición del poderoso líder sindical Jimmy Hoffa (interpretado en la película por Al Pacino), pero también por el ho-

micidio de John F. Kennedy.

Casi medio siglo más tarde, en una noche de invierno, afuera de **Umberto's Clam House**, que funciona a la altura del 132 de la calle Mulberry, en el hoy megaturístico Little Italy, Tony Pascual —un hombre alto y flaco, de sesenta y tantos años, vestido en un



RETRO. El italiano New Corner Restaurant tiene un estilo de los años 60-70, perfecto para la película.

pesado abrigo de piel café, y a cargo de asegurar concurrencia al local— dice: “Aquí no hay relación con la mafia”. Y no agrega más.

Tony Pascual es, dicen los otros meseros, el hombre que lleva más tiempo trabajando en Umberto's. Él dice: “No preguntas personales por favor”.

Umberto's Clam House, el local de 1972, que la muerte de Ga-



GUÍA. La historia de Bufalino (Pesci) y Sheeran (De Niro) permite ver un lado diferente de NY.

NETFLIX US



MURIEL ALARCÓN

llo puso rápidamente en el anecdotario negro de los neoyorquinos, cerró y reabrió en este barrio dos veces. Hoy, a pocos números de distancia de su sede original, continúa ofreciendo los calamares por los que, con el tiempo, también se hizo famoso. La nueva ubicación no borró su pasado como escenario de “uno de los asesinatos más sensacionales de la mafia en Nueva York en la historia reciente”, de acuerdo al reporte

de The New York Times. Y si alguien lo había olvidado, en su película de 209 minutos Scorsese se encargó de recordarlo.

Pero el Umberto's Clam House de la pantalla grande es una recreación del primer Umberto's Clam House, que el director montó temporalmente, igualísimo al auténtico, en la esquina de las calles Orchard y Broome.

“¡Chicas! ¡Chicos! ¡Vino gratis!”, grita Pascual, en la entrada, mojándose bajo esta lluvia, interponiéndose en el paseo de peatones distraídos, y dirigiéndolos hacia un menú plastificado en exhibición. La versión moderna de esta marisquería no tiene más de quince mesas, está decorada con timones de madera de varios tamaños, y parece demasiado luminosa comparada con la de Scorsese. No es distinta a los locales —italianos también— que la rodean. Tampoco luce muy especial. “Todo el contenido de nuestra pasta es fresco”, dice Tony, sin interés en abordar el pasado del restaurante. “La comida es exce-

lente”, dice y cierra el tema.

La Nueva York de El Irlandés no se acaba donde termina Manhattan. Abarca Ridgewood, Queens; Yonkers; Suffern en Rockland County, y Long Island.

Para las locaciones de algunos clubes sociales —favoritos de la mafia en el pasado, según artículos de la época—, las filmaciones se acomodaron en espacios actuales, de propietarios italianos, como el **New Corner Restaurant**, en la esquina de la Octava Avenida y la 72, en Dyker Heights, Brooklyn.

“Yo creo que a los de la producción les gustó nuestro look setentero”, dice desde la barra Vincent Colandrea, un hombre canoso, en sus sesenta, tercera generación de la familia Colandrea a cargo de este restaurante-bar italiano, que ofrece sus raviolos y fettuccine de masa hecha en casa, con salsas preparadas con tomates importados de Italia.

El abuelo de Vincent, originario de Nápoles, lo abrió en 1936 como una pizzería de un ambien-

te. 84 años más tarde, el local se ha expandido por la cuadra.

Vincent Colandrea apunta a un lado. “Hemos decidido ponerle ‘la pared de *El Irlandés*’”, dice y enseña las fotos del clan Colandrea con los actores. Autógrafos. Instantáneas de escenas. Y en el centro, lo mejor: un papel amarillento enmarcado, escrito en tipografía Courier New. Es parte del guión original de la película. “Nadie me lo regaló. Simplemente lo dejaron y yo lo tomé”, dice Colandrea arqueando las cejas.

En la escena que se lee ahí participa De Niro junto a Pesci. *Sheeran* conduce a *Bufalino* desde Pennsylvania a Detroit, en un largo viaje en auto para asistir, junto a sus respectivas esposas, a un matrimonio. En una de las detenciones para comer, *Bufalino* aliña su propia ensalada —quizá por precaución— en la que parece ser la vieja cocina de un restaurante. En la vida real es la cocina del New Corner. “Fue realmente surrealista”, explica Vincent Colandrea, desde el espacio de paredes blancas con muebles y mesas de acero, donde hombres vestidos de delantal y gorro blanco circulan. En casi dos minutos, *Bufalino* advierte a *Sheeran* que “los planes han cambiado”. Que se hizo “lo que se pudo” para evitar la muerte de *Hoffa*, hasta entonces jefe de *Sheeran*. También su amigo. Así, la conversación de estos hombres, entre ollas humeantes y cucharones, sugiere el desenlace de una parte esencial de la historia.

Vincent Colandrea cuenta que varios comensales han pedido entrar a la cocina para tomarse fotos. “Se emocionan mucho”.

Los tres días de grabación incluyeron además varias tomas en sus salones, elegantes, tal como los de *El Irlandés* de Scorsese. En las otras paredes del local, hay cuadros de arte clásico enmarcados en dorado, y recuerdos de las ocho décadas de historia del lugar. Se pueden leer recortes de prensa, se



MURIEL ALARCÓN



MURIEL ALARCÓN

RECUERDO. Hay comensales que piden permiso para tomarse fotos en la cocina de New Corner.



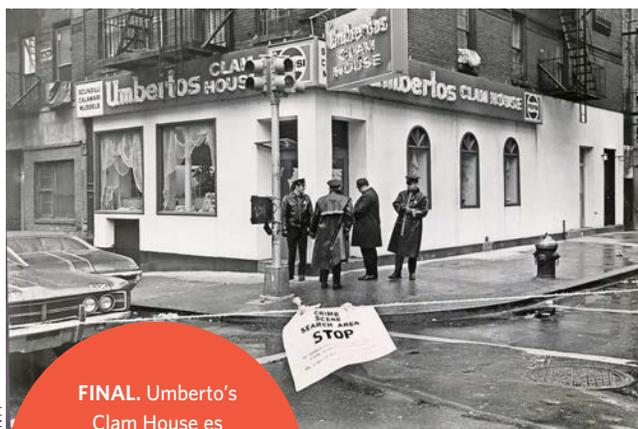
LEJANO. Lee's Tavern está situado en el distrito de Staten Island.

ven fotos en blanco y negro, y antiguos menús con platos que costaban en promedio 50 centavos.

Joseph Colandrea, hijo de Vincent, cuarta generación, hoy a cargo de márketing, recuerda la conversación que tuvo con Pesci durante la grabación. “Me dijo: ‘¿Este es tu lugar?’. Le dije: ‘Oh, es el lugar de mi familia. Ha existido desde 1936; ya sabes, 84 años’. Él dijo: ‘Wow, ese es mi tiempo’”.

Al otro lado de la costa, todavía más al sur de Nueva York, Catherine Palemine, la dueña de **Lee's Tavern**, en Dongan Hills, una esquina que luce especialmente solitaria un día de nieve en Staten Island, dice que hasta ahora no muchos han reconocido su taberna como locación. Cree que es porque Scorsese recreó en su lugar la fachada de *Nemo's Bar & Grill*, un bar que se supone está en Detroit. Si uno sabe esto —que el interior de este lugar es en realidad Lee's y no *Nemo*— puede identificar el nombre Lee's Tavern pintado en un espejo que cuelga tras la barra. La escena antecede a la explosión de un Thunderbird blanco de los años 70 en una calle concurrida. Es el recordatorio —la advertencia— de que con un gángster no se juega.

Estadounidense, pero descendiente de irlandés, Catherine Palemine es una mujer grande, de profundos ojos azules, que se hizo cargo de este lugar en 1989, cuando su marido, nieto de italianos,



NYT

FINAL. Umberto's Clam House es escenario de una escena icónica de la película. El restaurante existe, pero en otro lugar.

murió. “Pero no es que haya una tradición italiana acá”, advierte. “Es una pizzería. No somos nada más”. La casita en la que funciona tiene 110 años y ella vive en el segundo piso. Su marido la adquirió cincuenta años atrás. “Mi esposo vivía en el vecindario y cuando lo conocí, solíamos tener citas aquí”, dice. “Lee” era el nombre del dueño original, que ellos mantuvieron. No solo conservaron el nombre. La barra, las mesas, el tablero de madera, el techo de hojalata, el piso de baldosa, todo es de época. Ella dice que ha cambiado solo algunas ventanas.

“Hay una vibra acá, algo que siempre ha vivido aquí, por alguna razón”, explica, mientras de

fondo se escucha *Then You Can Tell Me Goodbye*, del grupo The Casinos, un clásico de los 60 que no se distingue demasiado de la música que ocupa Scorsese en su película —y que acalla el partido de béisbol que transmiten unas pantallas planas colgadas en lo alto; lo único moderno en el lugar—. Luego de quedar viuda, toda la familia se puso a trabajar tras la barra. Incluidos sus cuatro hijos, que han ocupado distintas posiciones en el tiempo. “Es un negocio familiar. Siempre digo: todos somos dueños”, recalca. Y apunta a una mujer en la barra. “Mi sobrina”. Y a otra. “Mi cuñada”. ¿Ha sido un lugar elegido por la mafia para reunirse en el pasado? “Probablemente sí”, dice Palemine. “En los 70. Este es un bar viejo, de edad”. Palemine recuerda que la noche en la que el Thunderbird explotó, el local se llenó de extras. La escena fue tan

extraordinaria que los medios de la isla la reportearon y titularon la historia con frases como “*El Irlandés explota un auto para Scorsese, cierra la taberna de Lee en Dongan Hills*”. También varios videos se reprodujeron en redes sociales compitiendo por mostrar el mejor rincón para ver la explosión —incluida la estación de tren a altura de Dongan Hills, techos y balcones de edificios vecinos—. Los medios contaron que en el set había expertos en pirotecnia y representantes de la policía. La explosión fue seguida de un aplauso de la audiencia. Pero para disgusto de los espectadores, no había actores: solo dobles.

“No podíamos estar acá; solo los que trabajaban para la película”, recuerda Karina Ruiz, ecuatoriana, dueña de la barbería **Karina's Barber Shop**, ubicada en la esquina frente a Lee's, un local que ofrece “todo tipo de corte de pelo” y que hoy atrae a curiosos que quieren ver cuál es el ventanal de su local que dinamitó a la par del auto —y que la producción rápidamente repuso—. Karina cuenta que los de la producción decoraron su vitrina con jarras color pastel para regar plantas y persianas estáticas café. “Todo lo dejé de recuerdo”, dice. También el



MURIEL ALARCÓN



NYT

BOWLING FAMOSO. Van Nest Lanes ha sido locación para varias otras películas, desde *American Gangster* a *Men in Black III*.

nombre pintado con brocha en letras *vintage* que se distingue un segundo antes de la explosión.

De nuevo son De Niro y Pesci, pero treinta años más jóvenes. Es una escena amable: no hay disparos en la cara, sangre salpicada en las paredes, ni autos que explotan. Sus personajes, *Sheeran* y *Bufalino*, hacen un paseo familiar a **Van Nest Lanes**, un centro de bowling abierto en el Bronx en 1961, pero que también ha sido denominado “lugar de filmación”, por todas las películas y series de televisión que lo han ocupado de locación. Algunas son *Across the Universe*, *American Gangster*, *Men in Black III*.

“Yo ya estoy acostumbrado”, dice Jimmy Farago, que comenzó trabajando para el dueño original de Van Nest Lanes en 1964. Desde 1979 es propietario. Está a poco de cumplir 72 años. “Nunca he dejado de trabajar”. Y hace de todo. Abastece el *snack bar*, se preocupa de mantener en orden los zapatos de juego, limpia las mesas de puntaje. “Siempre es lo mismo cuando vienen a grabar. Quiero decir... Es algo asombroso lo que hacen, pero hemos hecho cuatro películas y seis o siete programas de televisión”, dice sin mostrar emoción.

A pesar de ser una celebridad en el mundo de las locaciones neoyorquinas, Van Nest Lanes sigue siendo un sitio sencillo, con la mitad de las luces de neón apenas

funcionando en la entrada (se lee *Bow* en vez de *Bowling*). No hay filas para entrar y, aunque es domingo en la tarde, no se ve demasiada gente. Es, en cambio, el lugar escogido por familias, además de jóvenes, para lanzar bolas sobre la superficie de madera, comer papas fritas y tomar bebidas y cerveza. Van Nest Lanes se mantiene igual que hace 60 años.

“No ha habido cambio en el tiempo. Excepto por los colores en las paredes, los colores de la alfombra y las sillas, todo es exactamente igual a cuando se abrió en 1961”, dice su dueño. También mantiene la atención de familias que han venido por décadas. “Estoy en mi cuarta generación de algunas de estas familias”, dice.

Y el lugar es tal como Scorsese lo retrata en *El Irlandés*. Puede ser perfectamente el espacio de juego familiar, pero también es el lugar en donde dos amigos conversan en privado. Como lo hace *Bufalino* cuando le dice a *Sheraan* que cree que su hija, por alguna razón, le tiene distancia. Se refiere a *Peggy*, interpretada en su versión niña por la joven actriz Lucy Gallina y por Anna Paquin cuando crece —y que es algo así como la conciencia de *Sheraan* lo largo de la película—. “Tengo la sensación de que no me quiere. Me tiene miedo”, dice *Bufalino*. “Así es ella, a veces me tiene miedo a mí”, responde *Sheeran*.

Jimmy Farago recuerda que Scorsese y su equipo estuvieron dos semanas aquí, acomodando el espacio, preparando las tomas,

quitando del radar aquello que se pudiera identificar con el presente —como una máquina de jugos refrigerados—. Farago observaba a un lado la puesta en escena —tal como suele hacerlo, dice—. “Aprendí desde el principio, cuando hice la primera película, que no te acercas a ellos a menos que ellos se acerquen a ti”.

Farago dice que no ha cambiado la afluencia de público tras el lanzamiento de la película. Sus clientes son los de siempre. “He estado aquí por años y años y años. Siempre igual. Yo soy un dinosaurio total. Ni siquiera tengo un teléfono celular”, agrega.

Naturalmente no todos los lugares de época han perdurado indemnes al paso del tiempo. Algunos han desaparecido sin dejar huella y fueron recreados desde cero. Aunque con guiños a la realidad. Como el Palma Boys, el club social que existió en la calle 115 East, a la altura del 416, en el East Harlem, y que, según *The New York Times*, sirvió como “cuartel general” de Anthony Salerno, *el gordo Tony*, quien a fines de los 70 comandó una pandilla de asesinos a sueldo y narcotraficantes italo-estadounidense, y que fue sentenciado a 100 años de prisión. Scorsese recreó, como lo-

cación, el lugar ahí mismo. Pero a casi dos años, nada da cuenta de su existencia. De noche es una calle oscura más, como cualquiera otra del barrio, autos estacionados, nieve en los parabrisas.

A la altura del 416 hay un local de persianas blancas que parece abandonado o en remodelación. En toda esa cuadra, salvo por un taller mecánico, no hay nada abierto a público. Lo más cercano es, una cuadra más allá, la oficina de una funeraria, en la que un día de invierno por la noche dos mujeres conversan en español. Una de ellas, Vivian Feliciano, neoyorquina, hija de puertorriqueños, de cincuenta y tantos, criada en la 119 East, salta al recordar cuando —a pesar de que el equipo cinematográfico había cerrado la calle— ella vio de lejos a De Niro y a Pesci, y lo que parecía una versión temporal del Club Social Palma Boys. “Recrearon todo como era antes. Porque en el pasado todo esto era italiano”, dice Feliciano, en el castellano del barrio hoy habitado por hispanoparlantes como ella, también conocido como Spanish Harlem.

En la versión de Scorsese, *Sheeran* y *Bufalino* llegan una noche a la 115 East en lo que parece un Cadillac Deville del 70 para reunirse en Palma Boys con el *gordo Tony*. Al interior, el espacio es oscuro y el aire parece pesado por el humo de los cigarros. Los tres toman sus espresso en una de las mesas. “Jimmy dice cosas que no debería decir”, dice *Anthony Salerno*, bajo su sombrero de gángster, sosteniendo un habano y sugiriendo, tras aquel comentario, un cambio en los planes. “Le puedes decir que siempre me agradó”, agrega *el gordo Tony*, mirando a *Sheeran* y dando a entender su instrucción. Sentados alrededor de una cafetera metálica italiana podrían ser tres hombres mayores conversando acerca de lo que hicieron en el día. Pero no lo son. **D**